

Will Durant

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Traducción de Francisco J. Perea

arpa

SUMARIO

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN EN INGLÉS	9
INTRODUCCIÓN	21
I. Platón	27
II. Aristóteles y la ciencia griega	87
III. Francis Bacon	143
IV. Spinoza	201
V. Voltaire y la Ilustración francesa	259
VI. Immanuel Kant y el idealismo alemán	319
VII. Schopenhauer	375
VIII. Herbert Spencer	429
IX. Friedrich Nietzsche	485
X. Filósofos europeos contemporáneos: Bergson, Croce y Bertrand Russell	543
XI. Filósofos norteamericanos contemporáneos: Santayana, Jamesy Dewey	589
NOTAS	643

A MI ESPOSA

*Fortalécete, compañera... para que permanezcas
incommovible cuando yo caiga; para que sepa que los
fragmentos dispersos de mi canto se harán por fin una melodía
más pura en ti; que pueda decirle a mi corazón que tú iniciarás
el camino donde yo muera.*

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN EN INGLÉS

APOLOGÍA *PRO LIBRO SUO*

I

Mis editores me han pedido que aproveche la oportunidad que me brinda una nueva edición de *Historia de la Filosofía*, para plantear el tema general de los «compendios» y que reflexione sobre algunas de las deficiencias del libro. Me gusta tener la oportunidad de reconocer estas últimas y de expresar con toda la debilidad de las simples palabras la gratitud que debo sentir siempre por la generosidad con la que el público norteamericano ha recibido este libro, a pesar de todos sus defectos.

Los «compendios» surgieron porque un millón de voces los pedían. El conocimiento humano ha adquirido una extensión tal que está fuera de todo dominio; cada una de las ciencias ha engendrado una docena más, cuya sutileza aumenta sin cesar; el telescopio revela estrellas y sistemas cuya simple enumeración o denominación trasciende la mente humana; la geología habla de millones de años, en lugares donde el hombre antes no pensaba más que en función de milenios. Los físicos han descubierto un universo en el átomo, y la biología ha en-

contrado un microcosmos en la célula. La fisiología tropieza con un misterio inagotable en cada órgano, y la psicología experimenta otro tanto en cada sueño. La antropología reconstruye la antigüedad insospechada del hombre, la arqueología desentierra ciudades sepultadas y naciones olvidadas. La historia ha demostrado la falsedad de toda historia, y pinta un lienzo que solo un Spengler o un Eduard Mayer pueden vislumbrar como un todo único. La teología se ha desmoronado y las teorías políticas se resquebrajan. Los inventos complican la vida y la guerra, y las creencias económicas derriban gobiernos e inflaman al mundo. La misma filosofía, que en otro tiempo había llamado en su ayuda a todas las ciencias para fabricar una imagen coherente del mundo y un cuadro atractivo del bien, ha encontrado su tarea coordinadora demasiado ingente para sus fuerzas, ha huido de todos estos frentes de batalla de la verdad y se oculta en recónditos y estrechos callejones, en tímida búsqueda de un refugio seguro contra los problemas y responsabilidades de la vida. Los conocimientos humanos se han vuelto demasiado grandes para la mente humana.

Lo único que queda es el especialista científico que sabía «cada día más de menos cosas» y el especulador filosófico que sabe «cada día menos de más y más cosas». El especialista se pone anteojeras para quitar de su campo visual todo el mundo, con excepción de un ámbito muy pequeño al que pega la nariz. Se pierde toda perspectiva. Los «hechos» han venido a sustituir a la comprensión, y el conocimiento dividido en un millar de fragmentos aislados es incapaz de engendrar sabiduría. Todas las ciencias y todas las ramas de la filosofía han elaborado una terminología técnica inteligible solo para sus devotos exclusivos: a medida que el hombre ha ido aprendiendo más sobre el mundo, se ha encontrado más incapacitado para comunicar a sus colegas cultos lo que ha aprendido. El abismo entre la vida y los conocimientos se ha hecho cada día más pro-

fundo. Los que han gobernado no podían entender a los pensadores, y quienes deseaban aprender no podían entender a los que ya sabían. En medio de una cultura sin precedentes ha florecido la ignorancia popular, que ha elegido a sus propios modelos para gobernar las grandes ciudades del mundo. En el seno de las ciencias, enriquecidas y entronizadas como nunca en la historia, han nacido cada día nuevas religiones; las viejas supersticiones recuperan el terreno que habían perdido. El hombre común se ve obligado a escoger entre un sacerdocio científico que masculla un pesimismo ininteligible y un sacerdocio teológico que habla a medias de unas esperanzas increíbles.

En esta situación, la tarea del maestro de profesión es clara: debería ser la del mediador entre el especialista y el pueblo, aprender el lenguaje del investigador, así como él ha aprendido el de la naturaleza, con el fin de derribar los muros que se interponen entre los conocimientos y las necesidades, y encontrar así para las nuevas verdades viejos términos que todo el pueblo con alguna educación pueda entender. En efecto, si los conocimientos se vuelven demasiado grandes para comunicarse, acabarán por degenerar en mera cultura académica y en una débil aceptación de la autoridad. De ser así, la humanidad se deslizaría hacia una nueva época de fe, en la que tributaría culto a sus nuevos sacerdotes desde una prudente distancia, y la civilización, que ha abrigado esperanzas de elevarse por encima de una cultura extendida en todas direcciones, quedaría apoyada de manera precaria en una erudición técnica convertida en el monopolio de una clase esotérica aislada del mundo en un baluarte monástico, debido al alto índice de natalidad de su terminología. No sorprende pues que todo el mundo aplaudiera a James Harvey Robinson cuando lanzó su proclama para que se eliminaran todas esas barreras y se humanizaran los conocimientos modernos.

II

Los primeros compendios, los primeros esfuerzos por humanizar los conocimientos, fueron los *Diálogos* de Platón. Los expertos probablemente saben que el maestro escribió dos colecciones de obras: una en lenguaje técnico para sus estudiantes en la Academia, y otra que fue un conjunto de diálogos populares destinados a hacer que el ateniense de cultura media viniese al «caro deleite» de la filosofía. A Platón no le pareció ofender en modo alguno a la filosofía al transformarla en literatura, escenificada como drama y embellecida con el estilo. Tampoco le pareció una ofensa a su dignidad personal dedicarse, y por cierto de manera inteligible, a los problemas vivos de la moralidad y del Estado. Por una ironía de la historia, sus obras técnicas se perdieron y sus obras populares se conservaron. Por una ironía de la historia, son precisamente estos diálogos populares los que han dado a Platón fama en las escuelas.

Sin embargo, para nosotros, la carrera de los compendios se inició con H. G. Wells. Los historiadores no sabían con exactitud qué hacer con *The Outline of History* (*El compendio de la Historia*). El profesor Schapiro lo describía como lleno de errores y de educación liberal. Sí *estaba* lleno de errores, como tiene que estarlo cualquier libro de un tema demasiado amplio, pero era un logro pasmoso y estimulante para ser fruto de un solo intelecto. El genio periodístico del señor Wells había enlazado sus libros con el movimiento en pro de la paz internacional, y los había introducido como un equipo importante en la «carrera entre la cultura y la catástrofe». Nadie quería esta última y todos compraban el libro. La historia se popularizó y los historiadores se alarmaron. De allí en adelante, era necesario que escribiesen de forma tan interesante como la de H. G. Wells.

Aunque parezca extraño, dos de ellos lo hicieron: el profesor Breasted, de Chicago y Egipto, revisó y mejoró un viejo

libro de texto, y el profesor Robinson hizo otro tanto. Una editorial emprendedora reunió el trabajo de ambos en dos atractivos volúmenes y les puso un título cautivador: *The Human Adventure* (*La aventura humana*); con ello dio a luz al mejor de todos los compendios, una obra maestra de exposición, tan autorizada como un libro alemán y tan clara como uno francés. Hasta ahora, nada en ese campo ha igualado a esos dos volúmenes.

Mientras tanto, Hendrik Willem van Loon había saltado a la palestra con una pluma en una mano, un lápiz en la otra y guiñando un ojo al público. No le interesaba en absoluto la dignidad y tenía una marcada predilección por las bromas. Recorrió los siglos con la risa en los labios, e ilustró sus enseñanzas éticas con dibujos y sonrisas. Los adultos compraron la obra *The Story of Mankind* (*Historia de la humanidad*) para sus hijos y, a escondidas, la leyeron ellos también. El mundo estaba adquiriendo una información histórica de dimensiones escandalosas.

El apetito del hombre profano en la materia se estimuló con aquel alimento. En Estados Unidos había millones de hombres y mujeres que no habían podido asistir a la escuela superior y que tenían sed de los hallazgos de la historia y de la ciencia. Más aún, incluso los que habían cursado esos estudios mostraron cierta hambre moderada de conocimientos. Cuando John Macy publicó *The Story of the World's Literature* (*Historia de la literatura mundial*), millares de personas le dieron la bienvenida como a una exposición genial y luminosa de un aspecto fascinante del saber. Y, cuando apareció *The Story of Philosophy* (*Historia de la Filosofía*), tuvo la buena suerte de pescar esta ola de curiosidad en plena fase creciente y elevarse a un grado de popularidad nunca soñado. A los lectores les sorprendió sobremanera el hecho de que la filosofía fuese interesante por ser, sin exageración, asunto de vida o muerte. Pasaron la noticia a sus amigos y pronto se puso de moda ala-

bar, comprar e incluso algunas veces leer este libro que había sido escrito para pocos. Si se tienen en cuenta todas las circunstancias, fue un éxito tan grande que ningún autor que lo haya logrado una vez puede esperar volver jamás a tenerlo.

Después llegó el diluvio: un compendio seguía a otro, una «historia» venía en pos de otra «historia». La ciencia y el arte, la religión y la ley tuvieron sus historiógrafos, y el modesto ensayo de Bekker fue ávidamente transformado en *The Story of Religion (Historia de la religión)*. Cierta autor publicó en un volumen un compendio de todos los conocimientos, y con él hizo que Wells, van Loon, Macy, Slosson, Breasted y todos los demás resultaran superfluos. El apetito del público se saciaba rápido; los críticos y los profesores se quejaron de la superficialidad y precipitación de la obra, y así se formó una contracorriente de resentimiento que afectó a todos los compendios, del primero al último. Con la misma rapidez con que habían surgido, cambió la moda de los compendios. Ya nadie se atrevía a hablar en favor de la humanización del conocimiento. Las acusaciones contra los compendios se volvieron de pronto el camino fácil para la fama de cualquier crítico. Se puso de moda hablar con cierta sutil superioridad de cualquier libro que, sin ser de ficción, fuese comprensible. Así empezó el movimiento esnob en literatura.

III

No es agradable reconocer que muchas de las críticas fueron justas. *Historia de la Filosofía* era —y es todavía— un cedazo de defectos. Ante todo, estaba incompleta. La total omisión de la filosofía escolástica constituyó una ofensa que no puede perdonarse más que a alguien que ha sufrido mucho con ella en la escuela superior y el seminario, y que, como resultado, le deja un sentimiento más de teología disfrazada que de honra-

da filosofía. Es cierto que, en algunos casos (Schopenhauer, Nietzsche, Spencer, Voltaire), la exposición de la doctrina fue más completa que en la mayoría de las historias de la filosofía, cualquiera que fuese su extensión. También es cierto que inmediatamente la primera página advertía con toda franqueza:

Este libro no es una historia completa de la filosofía, sino una tentativa de humanizar los conocimientos haciendo girar la historia del pensamiento especulativo en torno a ciertas personalidades dominantes. Algunas figuras de menor importancia se han omitido, con el fin de que las elegidas pudiesen disponer del espacio que se necesitaba para hacerlas vivir. (*Al lector*)

Sin embargo, el libro seguía incompleto. El peor de todos los pecados, aunque los críticos no parezcan haberlo notado, fue la omisión de la filosofía china y la hindú. Incluso una «historia» de la filosofía que empieza con Sócrates, y no tiene nada que decir sobre Lao-tse y Confucio, Mencio y Chwang-tse, Buda y Shankara, queda incompleta por su estrechez de miras.¹ Por lo que toca a la palabra «Historia», de la que en todo este tiempo se ha abusado a base de tanto usarla, fue elegida en parte para indicar que el relato prestaría atención ante todo a los filósofos más vitales, en parte para transmitir la sensación de que la evolución del pensamiento ha sido un romance tan interesante como cualquier otro de la historia.

No pedimos disculpa alguna por haber descuidado la epistemología. Esa desconsoladora ciencia recibió la parte que le correspondía en el capítulo sobre Kant, donde durante muchas páginas se invitaba al lector a considerar los acertijos de la percepción. Este capítulo debería haber complacido mucho al joven experto, porque se acercó mucho a la oscuridad. (Sin embargo, un profesor de filosofía de cierta universidad del Medio Oeste me comunicó que durante quince años había estado dando clases sobre Kant, y que no había entendido su significado hasta que leyó este capítulo elemental). Por lo demás, el libro

hacía pensar, sin miramientos, que la naturaleza del proceso cognoscitivo no era más que uno de los muchos problemas de la filosofía; que por sí solo no merecía absorber toda la atención que los *especialistas* y los alemanes le habían prodigado, y que su tediosa explotación era en gran parte responsable de la decadencia de la filosofía. Los franceses jamás se han entregado a este afán por la epistemología, con exclusión de la filosofía moral y política, histórica y religiosa; y, hoy, aun los mismos alemanes empiezan a reponerse de ese mal. Óigase lo que dice Keyserling: «La filosofía es esencialmente la integración de la ciencia en la síntesis de la sabiduría ... La epistemología, la fenomenología, la lógica, etc., son sin duda ramas importantes de la ciencia». (Dicho con toda precisión, son ramas de la *ciencia* como la química o la anatomía). «Pero fue un mal insondable que, como resultado de esto, el sentido de la síntesis de la vida hubiera desaparecido». (*Creative Understanding*, Nueva York, 1929, pág. 125). Y esto dicho por un alemán: ¡un juez sometido a juicio! Spengler, por su parte, describe a los primeros filósofos chinos, hasta llegar a Confucio, como «estadistas, regentes, legisladores, como Pitágoras y Parménides, como Hobbes y Leibniz ... Eran robustos filósofos para quienes la epistemología era *el conocimiento de las relaciones importantes de la vida real*. (*Decline of the West*, vol. I, pág. 42). Es indudable que, ahora que la epistemología está muriendo en Alemania, se exportará a Norteamérica como recompensa idónea por el obsequio de la democracia.

Los filósofos chinos no solo eran contrarios a la epistemología, sino que miraban con desdén casi galo cualquier extensión de la metafísica. Ningún metafísico joven podría admitir que Confucio fuese un filósofo, porque no dice nada sobre esa ciencia y menos aún sobre epistemología. Es un positivista como Spencer o Comte; se interesa siempre por la moral y el Estado. Y lo que es peor, que sea inteligible es algo infame, y nada podría ser tan nocivo para un filósofo. Pero nosotros,

«los modernos», nos hemos acostumbrado tanto en la filosofía a esa airosa verborrea que, cuando se nos presenta sin ella, nos cuesta trabajo reconocerla. Uno debe pagar una multa por el prejuicio contra la oscuridad.

Esta *Historia* ha tratado de condimentarse con una dosis de humor, no solo porque la sabiduría deja de ser tal si pone en fuga a la alegría, sino porque el sentido del humor, nacido de la perspectiva, tiene un parentesco cercano con la filosofía; aquel es el alma de esta y viceversa. Pero esto parece haber disgustado a los expertos en la materia. Para ellos, nada daña tanto al libro como sus sonrisas. La fama de tener buen humor es desastrosa para los estadistas y los filósofos: Alemania no ha podido perdonar a Schopenhauer su historia de Unzelmann, y solo Francia ha sabido reconocer la profundidad que hay en el ingenio y la brillantez de Voltaire.

Espero que el libro nunca engañe a sus lectores haciéndoles suponer que se volverán filósofos de la noche a la mañana, o que les ahorrará el trabajo, o el placer, de leer directamente a los filósofos. Bien sabe Dios que no existe un atajo para llegar al conocimiento. Después de cuarenta años de buscar la «Verdad», se la encuentra todavía velada, y lo que manifiesta de sí misma sigue siendo muy desconcertante. En lugar de proponerse ser un sustituto de los filósofos, esta *Historia* se presenta de modo explícito como una introducción y una invitación. Los cita con prodigalidad, para que el gusto por ellos subsista aun después de cerrar este libro. Una y otra vez estimula al lector a acudir a los textos originales y le advierte que su lectura difícilmente será suficiente:

Spinoza no es para leerse, sino para estudiarse; hay que acercarse a él como se acercaría uno a Euclides, reconociendo que en esas breves doscientas páginas un hombre ha puesto por escrito el pensamiento de su vida quitándole, con un arte escultórico estoico, todo lo superfluo. Nadie crea que podrá dar con su esencia recorriéndolo de prisa ... No debe leerse todo de una vez, sino por partes pequeñas y

en muchas sesiones. Y, después de terminarlo, considérese que apenas se ha empezado a entenderlo. Léase luego algún comentario, como la obra *Spinoza*, de Pollock, o *Study of Spinoza*, de Martineau, o, mejor aún, los dos. Por fin, léase de nuevo la *Ética*, y aparecerá como un libro nuevo. Cuando haya terminado de leerla por segunda vez, el lector será un amante eterno de la filosofía.

Es reconfortante saber que las ventas de los clásicos filosóficos aumentaron en un doscientos por cien después de la publicación de esta *Historia*. Muchos editores han publicado nuevas ediciones, en especial de Platón, Spinoza, Voltaire, Schopenhauer y Nietzsche. Un alto funcionario de la Biblioteca Pública de Nueva York, que pide que se omita su nombre, informa lo siguiente:

Desde que se publicó *Historia de la Filosofía*, hemos tenido una demanda amplia y creciente, por parte del público, de obras filosóficas clásicas, y nuestra reserva de ellas en las bibliotecas asociadas se ha incrementado progresivamente ... Antes, los libros sobre filosofía los adquiríamos en cantidades pequeñas, para el sistema educativo; pero en los dos o tres últimos años, un nuevo libro de filosofía de fácil lectura normalmente lo adquirimos desde que sale a la calle, antes de que empiece a haber una gran demanda, que en efecto en poco tiempo se produce, y con bastante rapidez.

No tengamos, pues, vergüenza de enseñar a la gente. Esos sabios celosos que quieren conservar sus conocimientos ocultos para el mundo no pueden culpar a nadie más que a sí mismos de que su exclusividad y terminología bárbara hayan conducido a la gente a buscar en libros, en conferencias y en la instrucción para adultos, la cultura que ellos no han sabido darles. Y que se muestren agradecidos de que sus esfuerzos claudicantes cuenten con el apoyo de aficionados que aman la vida lo suficiente como para dejar que humanice su enseñanza. Quizá estas dos clases de maestros podrían prestarse apoyo mutuo: el especialista cauto frenando nuestro entusiasmo con su

precisión, y el entusiasta vertiendo calor y sangre en los frutos del especialismo. Unidos unos y otros podríamos edificar en América un público idóneo para escuchar a los genios y, en consecuencia, preparado para producirlos. Todos nosotros somos maestros imperfectos, pero podría perdonársenos si hiciéramos progresar nuestra materia un poco y hubiésemos puesto en ello el máximo empeño. Anunciamos el prólogo y nos retiramos. Detrás de nosotros vendrá seguramente quien haga mejor las cosas.

INTRODUCCIÓN

SOBRE LOS USOS DE LA FILOSOFÍA

Hay un placer en la filosofía, y un atractivo incluso en los espejismos de la metafísica, que todo estudiante experimenta hasta que las prosaicas necesidades de la existencia material lo hacen bajar bruscamente de las alturas del pensamiento al tráfico de la batalla y las ganancias económicas. La mayoría de nosotros ha conocido algunos días dorados en el verano de la vida, cuando la filosofía era en realidad lo que Platón dijo de ella, «un caro deleite»; cuando el amor a una verdad que huía pudorosamente de nosotros nos parecía más glorioso, sin comparación, que el afán de los placeres carnales y la escoria del mundo. Y queda siempre en nosotros cierto residuo nostálgico de aquellos lejanos galanteos con la sabiduría. «La vida tiene significado —pensamos como Browning—, y encontrarlo es mi comida y mi bebida». Es tanta la parte de nuestras vidas que carece de sentido, que no es más que una negación de nosotros mismos vacilante y fútil... Luchamos contra el caos que nos rodea por fuera y nos inunda por dentro...

Y sin embargo, creeríamos al mismo tiempo que hay en nosotros algo vital y significativo si tan solo pudiésemos in-

terpretar nuestra propia alma. Deseamos entender. «La vida significa para nosotros un constante transformar en luz y llamas todo cuanto somos o nos sale al encuentro».¹ Somos como Mitya en *Los hermanos Karamazov*: «Uno de aquellos que no quieren millones, pero sí respuesta a sus preguntas». Queremos captar el valor y la perspectiva de las cosas pasajeras, y elevarnos de esa forma por encima del torbellino del acontecer diario. Queremos saber que las cosas pequeñas son realmente tales y que las grandes lo son de verdad, antes que sea demasiado tarde; queremos ver ahora las cosas en la forma en que las veremos para siempre: «A la luz de la eternidad». Queremos aprender a reír ante lo inevitable, a sonreír incluso al vislumbrar la muerte. Queremos ser íntegros, coordinar nuestras energías sometiendo a juicio y poniendo en armonía nuestros deseos, pues la energía coordinada es la última palabra en ética y política, y quizá también en lógica y metafísica. «Ser filósofo —ha dicho Thoreau— no es solo tener pensamientos sutiles, ni siquiera fundar una escuela, sino tener tal amor a la sabiduría, que se viva, de acuerdo con sus dictámenes, una vida de sencillez, independencia, magnanimidad y confianza». Podemos estar seguros de que, si llegásemos a encontrar la sabiduría, todo lo demás se nos daría por añadidura. «Buscad ante todo las cosas buenas de la mente —nos aconseja Bacon—, y todo lo demás o bien se os suministrará o bien si os falta no lo echaréis de menos».² La verdad no nos hará ricos, pero nos hará libres.

Algún lector descortés podría en este punto cerrarnos el paso, advirtiéndonos que la filosofía es tan inútil como el ajedrez, tan oscura como la ignorancia y tan rígida como un índice. «No hay nada tan absurdo —afirmó Cicerón— que no pueda encontrarse en los libros de los filósofos». Es indudable que algunos filósofos han tenido toda clase de sabiduría, con excepción de la del sentido común, y muchos vuelos filosóficos se han debido a la fuerza ascensional del aire enrarecido.

Tomemos la determinación, en este viaje nuestro, de arribar exclusivamente a puertos de luz, de mantenernos alejados de las cenagosas corrientes de la metafísica y de los procelosos mares de la disputa teológica. Ahora bien, ¿está la filosofía realmente anquilosada? La ciencia siempre parece avanzar, mientras que la filosofía siempre parece perder terreno. Sin embargo, esto se debe solo a que la filosofía acepta la ardua y azarosa tarea de habérselas con problemas que todavía no están abiertos a los métodos de la ciencia: problemas como el bien y el mal, la belleza y la fealdad, el orden y la libertad, la vida y la muerte. Tan pronto como un campo de investigación regresa al conocimiento susceptible de formulación exacta, recibe el nombre de ciencia. Toda ciencia empieza como filosofía y termina como arte; surge en la hipótesis y desemboca en la proeza. La filosofía es una interpretación hipotética de lo desconocido (como en metafísica), o de lo conocido de forma inexacta (como en ética o filosofía política): es la trinchera de vanguardia en el asedio a la verdad. La ciencia es el territorio capturado, y detrás de ella están esas regiones seguras en las que el conocimiento y el arte construyen nuestro mundo imperfecto y maravilloso. La filosofía parece permanecer inmóvil, perpleja, pero solo porque deja los frutos de la victoria a sus hijas, las ciencias, mientras ella pasa de largo, con divina insatisfacción, hasta lo incierto e inexplorado.

¿Necesitaremos ser más técnicos? La ciencia es descripción analítica, la filosofía es interpretación sintética. La ciencia desea resolver el todo en partes, el organismo en órganos, lo oscuro en lo conocido. No indaga sobre los valores y posibilidades ideales de las cosas, ni sobre su significado integral y definitivo: se contenta con mostrar su realidad presente y su funcionamiento actual; estrecha con toda deliberación su mirada, limitándola a la naturaleza y al proceso de las cosas tal cual son. El científico es tan imparcial como la naturaleza en el poema de Turgenev: le interesa tanto la pata de una pulga

como los esfuerzos creadores de un genio. Pero el filósofo no se contenta con describir el hecho: quiere cerciorarse de su relación con la experiencia en general, y llegar de esa forma a su significado y su valor. Armoniza las cosas en una síntesis de interpretación; trata de reconstruir mejor que antes esa gran maquinaria del universo que el científico inquiridor ha dividido en partes. La ciencia nos dice cómo curar y cómo matar; reduce el índice de mortalidad al menudeo, y luego nos da muerte al por mayor en la guerra. Únicamente la sabiduría, deseo estructurado a la luz de la experiencia total, puede decirnos cuándo hay que curar y cuándo matar. Observar procesos y fabricar medios es hacer ciencia; hacer juicio crítico y coordinar los fines es hacer filosofía. Y, como en estos días nuestros medios e instrumentos se han multiplicado más allá de los límites de nuestra interpretación y síntesis de ideales y fines, nuestra vida está llena de estruendo y furia, y carece de todo significado. Porque un hecho no es nada sino en relación con el deseo; no está completo sino con relación a un propósito y a un todo. La ciencia sin filosofía, los hechos sin perspectiva ni evaluación, no pueden salvarnos de los estragos y la desesperación. La ciencia nos da conocimiento, pero solo la filosofía puede darnos sabiduría.

Específicamente, la filosofía representa e incluye cinco campos de estudio e investigación: la lógica, la estética, la ética, la política y la metafísica. La *lógica* es el estudio del método ideal para el pensamiento y la investigación: observación e introspección, hipótesis y experimento, análisis y síntesis; estas son las formas de la actividad humana que la lógica trata de entender y dirigir. Es un estudio tedioso para la mayoría de nosotros, y, sin embargo, los grandes acontecimientos en la historia del pensamiento son los adelantos hechos por el hombre en sus métodos para pensar e investigar. La *estética* es el estudio de

la forma ideal o belleza, es la filosofía del arte. La *ética* es el estudio de la conducta ideal; el supremo conocimiento —decía Sócrates— es el del bien y el mal, el conocimiento de la sabiduría de la vida. La *política* es el estudio de la organización social ideal (no es, como alguien podría suponer, el arte y la ciencia de tomar posesión de un cargo y conservarlo); monarquía, aristocracia, democracia, socialismo, anarquismo, feminismo... he aquí los *personajes del drama* de la filosofía política. Por último, la *metafísica* (que se mete en tan serias dificultades por no ser, como las demás formas de la filosofía, un intento de coordinar lo real a la luz de lo ideal) es el estudio de la «realidad última» de todas las cosas, de la naturaleza real y suprema de la «materia» (ontología), de la «mente» (psicología filosófica) y de la relación recíproca entre la «mente» y la «materia» en los procesos de la percepción y el conocimiento (epistemología).

Estas son las partes de la filosofía, pero desmembrada en esta forma pierde su belleza y su alegría. Debemos buscarla, no en su marchita abstracción y formalidad, sino revestida con la forma viva del genio. Debemos estudiar no simples filosofías, sino filósofos. Hemos de pasar nuestro tiempo con los santos y mártires del pensamiento, dejando que su radiante espíritu retoce en torno nuestro, hasta que por ventura también nosotros, en cierto grado, participemos de lo que Leonardo llamaba «el más noble de los placeres, la alegría de entender». Cada uno de estos filósofos tiene alguna lección para nosotros, si nos acercamos a él como conviene. «¿Sabe cuál es el secreto —se pregunta Emerson— del verdadero especialista? En todo hombre hay algo que me da la oportunidad de aprender de él, y por eso me convierto en su discípulo». Pues bien, ¡está claro que podemos tomar esta actitud ante las mentes maestras de la historia, sin ofender en nada nuestro orgullo! Además, podemos también halagarnos a nosotros mismos con aquel otro pensamiento de Emerson que dice que, cuando un genio nos habla,

experimentamos una reminiscencia misteriosa de haber tenido nosotros mismos, en nuestra lejana juventud, de una manera vaga, ese mismo pensamiento que el genio expresa ahora, pero no tuvimos entonces la destreza o el valor para revisarlo de alguna forma y expresarlo abiertamente. En realidad, los grandes hombres nos hablan solo en la medida en que tenemos oídos y espíritu para escucharlos; solo en la medida en que hay en nosotros al menos las raíces de lo que ha florecido en ellos. También nosotros hemos tenido las experiencias que tuvieron ellos, pero no supimos expresar sus secretos y sutiles significados: no fuimos sensibles a las armonías de la realidad que vibraban a nuestro alrededor. El genio, en cambio, escucha la armonía y la música de las esferas, sabe lo que Pitágoras quiso decir cuando afirmó que la filosofía es la música suprema.

Escuchemos, pues, a estos hombres; estemos dispuestos a perdonarles sus errores pasajeros, y tengamos el ánimo presto para aprender las lecciones que ellos tanto desean impartir. «Sé pues razonable —decía el viejo Sócrates a Critón— y no te pongas a averiguar si los maestros de filosofía son buenos o malos, sino piensa únicamente en la filosofía misma. Trata de examinarla bien y sinceramente. Si fuese perversa, procura alejar a todos los hombres de ella. Pero, si fuese lo que yo creo que es, síguela y sírvela con ánimo alegre».